

La chica de la máquina de escribir

Desy
Icardi

**LA CHICA DE LA MÁQUINA
DE ESCRIBIR**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La ragazza con la macchina da scrivere*
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary
Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione
italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda
a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de
la Cooperación italiano

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

© 2020 Fazi Editore srl
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración del traductor

D.R. y © MMXXII G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-550-948-8 (México)

ISBN: 978-84-1362-488-4 (España)

Primera edición, mayo de 2022

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

Capítulo 1

Es una verdad universalmente reconocida que una mujer en posesión de una larga historia necesita una memoria adecuada.

Sin memoria, todo pierde su valor y su utilidad, como por ejemplo el insignificante objeto que sostienes entre los dedos: frío al tacto, liso, de forma circular y sin valor alguno.

Lo encontraste en el bolsillo de tu abrigo, envuelto en un pañuelo con tus iniciales de señorita coronadas por una guirnalda de flores en punto de cruz: D. B., Dalia Buonaventura.

Te preguntas desconcertada por qué has guardado con tanto cuidado lo que tiene todo el aspecto de ser una vieja anilla de cortina; lo piensas durante unos instantes y luego decides guardar la anilla en el bolsillo de la bata y poner el pañuelo, diligentemente doblado, en el cajón que tu criada ha reservado para tal fin. Germana es una santa mujer, pero tiene la desagradable costumbre de murmurar cada vez que se te olvida cerrar la puerta de un armario, o el botiquín. A lo largo de los últimos treinta años has hecho esfuerzos indecibles para contrarrestar tu índole caótica y respetar la obsesión de tu criada por el orden, pero ahora, después de tu *pequeño incidente*, son muchas las cosas que olvidas, y olvidar un cajón abierto no sería en modo alguno la más grave.

Dos meses: ese es el tiempo que tu *pequeño incidente* ha borrado de tu memoria, dos meses de los que no guardas ningún recuerdo.

Decides dejar de atormentarte con pensamientos negativos; al fin y al cabo, hace poco más de una semana que recibiste el alta del hos-

pital, y sí, tienes algunas lagunas de memoria, lo admites, pero estás convencida de que será suficiente con volver a la vida cotidiana para llenar esas lagunas. Decides ir a tu estudio y, al salir del dormitorio, vislumbras tu imagen reflejada en la superficie resplandeciente de Vetril del espejo sobre el tocador: tienes setenta años, casi setenta y uno, y aún no pareces una viejecita a la que se le van las cabras. A pesar de la opinión de los médicos, sabes que sigues teniendo una buena cabeza, empezando por el peinado, el mismo que llevas desde hace más de cincuenta años, para ser exactos desde 1936, cuando te cortaste las trenzas y empezaste a trabajar. Por aquel entonces tenías trece años y un diploma de mecanografía; evidentemente no podías ir a ver a tus futuros jefes con el aspecto de una colegiala que se va de pinta, así que tu amiga Ester te cortó el largo pelo castaño claro a la altura de los hombros y te lo onduló con las pinzas de cocodrilo.

Ahora sonríes, el término *pinza de cocodrilo* siempre te ha hecho gracia, y el espejo te devuelve la imagen de una hilera de dientes perfectos —que siguen siendo todos tuyos, y quien diga lo contrario ¡miente!— enmarcados por un deslumbrante carmín magenta. Incluso tu maquillaje es el mismo desde hace muchos años: lápiz negro alrededor de los ojos, polvos blancos nacarados y labios rojos como cerezas, a veces como guindas, porque te permites alguna variación en el tema del lápiz de labios, pero sin exagerar, porque, cuando algo es perfecto —y tu maquillaje lo es, indudablemente—, intentar mejorarlo es una pérdida de tiempo.

Nunca has sido una mujer de gran belleza, algo de lo que a menudo te has quejado, pero has sabido sacar lo mejor de tus rasgos ordinarios y de tu pequeño cuerpo de pajarillo: el pelo, que cae en una suave onda que casi cubre tu ojo derecho, confiere a tu rostro un no sé qué ligeramente travieso, sigues siendo intrigante ahora que tus perfectas ondas se han vuelto blancas como las nubes y tus ojos están marcados no sólo por el lápiz negro, sino también por profundas arrugas. Y a los hombres les sigues gustando, ¡incluso a los más jóvenes que tú! Unos seis meses antes de tu *pequeño inci-*

dente, el propietario de la perfumería a la que solías ir desde hacía tiempo te invitó a cenar y tú, presa de un raro relámpago de locura, aceptaste a pesar de que era un mocoso que no llegaría a los sesenta años. ¡Fue una velada horrible! Sirvieron los camarones cubiertos con una salsa viscosa de color rosa apagado y acompañados de un lecho de arúgula amarga. Hubo un tiempo en que te gustaba mucho la arúgula, para ti tenía el sabor de la primavera que se convierte en verano, pero luego, hace unos diez años, debió de ser más o menos a mediados de los ochenta, todos los cocineros italianos parecían haber decidido unánimemente incluirla en cualquier receta: arúgula en las entradas, en los primeros platos, como guarnición de los segundos.

Como si la arúgula no hubiera sido suficiente para amargar cada bocado de aquella ridícula cita galante, tu caballero no hizo otra cosa que hablar de su difunta esposa; un *de profundis* con sabor a arúgula. No obstante, la consecuencia más molesta de aquella cena fue que tuviste que buscarte otra perfumería donde comprar: ya no podías mirar a aquel hombre a la cara sin estallar en carcajadas, y la cosmética siempre ha sido para ti un asunto de la máxima seriedad.

Sales de la habitación, el espejo aún está a tiempo de registrar una sonrisita de decepción: recuerdas tu iniciación a las pinzas de cocodrilo, e incluso la execrable monomanía de la arúgula que hace furor en la cocina italiana desde los años ochenta, pero no tienes ni idea de adónde te dirigías el día de tu *pequeño incidente*.

Debías de tener un compromiso importante, de eso estás segura; de lo contrario, no te habrías puesto tu vestido de satín azul y mucho menos el collar con el colgante de zafiros. A saber si te habías puesto un lápiz de labios burdeos o magenta. Eso habría sido un detalle interesante para llegar al fondo del misterio, pero en el hospital, cuando te despertaste, nadie supo decírtelo, como si estuvieras ingresada en una sala para daltónicos.

Ahora metes la mano en el bolsillo de la bata y las yemas de los dedos se encuentran con el frío metal de la anilla para cortinas. Ese es otro bonito misterio: ¿por qué has guardado ese arito de hierro ennegrecido

dentro de un pañuelo bordado? Y, sobre todo, ¿por qué lo llevabas contigo, en el bolsillo? ¿Tal vez el día de tu *pequeño incidente* ibas a la mercería para abastecerte de anillas para cortinas? Niegas con la cabeza, perpleja, nunca se te han dado bien las tareas domésticas; en realidad, cuando eras joven, no te hubiera importado adquirir práctica en ellas, pero siempre te ha faltado tiempo; por eso, en cuanto tuviste los medios necesarios, contrataste a una criada para que se ocupara de la limpieza, la comida y, en caso necesario, de las anillas para cortinas.

Recorres el pasillo con paso un poco inseguro, enfilas la puerta de tu estudio y te sientas en el escritorio donde descansa tu vieja Olivetti MP1: esa señorita es un poco más joven que tú, pero su lacado rojo resplandece como el primer día en que pusiste tus manos en su teclado. En el carro hay una hoja de papel en blanco, la sacas con delicadeza, preguntándote por qué está ahí. No te acuerdas de haber tecleado recientemente, pero sí recuerdas que siempre has tenido la sana costumbre de no dejar las hojas puestas. Tal vez el día de tu *pequeño incidente* estabas a punto de escribir algo, pero entonces tuviste que salir de improviso y...

¡Qué estupidez! El vestido que llevabas no era de los que se pondría una al vuelo para una salida improvisada, sino más bien para un acto largo tiempo planificado. Con la palma de la mano intentas extender el papel, que debido al largo tiempo que ha estado en el carro está horriblemente curvado: ¡por eso, desde el principio de tu carrera de mecanógrafa, has aprendido a no olvidar los papeles en el carro de la máquina de escribir!

—Fin —murmuras.

En el centro de la página que creías que estaba en blanco, encuentras escrita la palabra «FIN» en letras mayúsculas.

Cierras los ojos e intentas llevar a la superficie recuerdos de tu nublada memoria: la palabra «FIN» no se pone al final de una carta o de un documento de cualquier tipo. La palabra «FIN», escrita en mayúsculas, indica un texto de narrativa y hace décadas que no pasas a máquina ninguno.

Empiezas a abrir uno a uno todos los cajones del escritorio, buscando el texto mecanografiado del que la palabra «FIN» podría ser la conclusión.

Hace tiempo que abandonaste el trabajo de mecanógrafa, algunas veces has tecleado algunas cartas, pero sólo para no perder la costumbre o para hacerle un favor a algún conocido.

—La máquina de escribir es como un piano —te repetía la señorita Pellissero, la profesora de mecanografía con la que estudiaste—. Si dejas de usarla, los dedos perderán su agilidad.

La señorita Pellissero, en la época de sus clases, debía de tener unos sesenta años, quizá unos cuantos más o quizá muchos menos, pero a ti, que sólo tenías trece, te parecía una especie de esfinge antigua. Llevaba un sombrero en forma de cuenco sobre su pelo gris, tenía unos dedos largos y esqueléticos que hacían piruetas sobre las teclas a una velocidad inalcanzable, y manifestaba una devoción por su oficio difícil de encontrar incluso entre médicos o sacerdotes.

Te entrenó para la máquina de escribir con la misma disciplina inflexible que un cabo reservaría para un recluta.

—¡No mires el teclado, Dalia! —te ordenaba—. Las auténticas mecanógrafas no necesitan buscar las teclas con los ojos, los dedos tienen una memoria portentosa, lo importante es permitirles desarrollarla.

Intentabas obedecer, pero las brillantes y redondas teclas de la Olivetti MP1 eran una tentación demasiado fuerte para tu curiosa mirada de niña.

La señorita Pellissero se decidió así a vendarte los ojos, obligándote durante semanas a golpear las teclas en una completa ceguera. Sin embargo, los métodos de la severísima profesora dieron sus frutos: a lo largo de tu carrera, has mecanografiado en las condiciones más dispares, incluso en plena guerra durante las noches de apagón,

cuando era necesario permanecer en casa a oscuras para que los bombarderos ingleses no se sintieran atraídos por las ventanas iluminadas, como las polillas por la llama de una vela. Después de tu boda, cuando te trasladaste a Turín, a veces escribías incluso bajo los bombardeos. Cuando de noche sonaba la sirena antiaérea, no te apetecía salir corriendo escaleras abajo con tu chal sobre el camisón para luego apretujarte en un sótano con docenas de personas aterrizadas, que tenían tantas posibilidades de sobrevivir como de acabar igual que las ratas, atrapadas entre los escombros o asfixiadas por el humo de los incendios que se producían con cada derrumbe. Cuando la sirena antiaérea te despertaba de tu sueño siempre ligero y agitado, preferías sentarte delante de la máquina de escribir y, envuelta en la oscuridad, dejar que tus dedos volaran sobre el teclado. Al estar a oscuras, no podías transcribir textos ni completar el trabajo de mecanografía que estabas haciendo; te limitabas a hacer los ejercicios que te había enseñado la señorita Pellissero o a teclear palabras y frases al azar, dejando los dedos libres para que corrieran tras tu imaginación. No era lo que escribías, sino más bien el contacto de las yemas de tus dedos sobre las frías teclas de la Olivetti MP1 lo que te relajaba y te hacía atravesar, con relativa calma, esos momentos oscuros no sólo por la ausencia de luz.

Mientras tus recuerdos exploran esos años lejanos y terribles, tus manos hurgan en el contenido de cada cajón del escritorio, buscando todavía el misterioso trabajo de mecanografía.

Vuelves a colocar el papel con la palabra «FIN» en el último cajón de abajo, dedicado a las pruebas y los borradores, y abandonas tu investigación.

Ahora estás acariciando tu vieja máquina de escribir; un ligero hormigueo recorre tus manos, haciendo que se estremezcan las yemas de tus dedos. Embargada por un capricho repentino, cierras los postigos de la ventana, colocas una hoja de papel en el carro de la Oli-

vetti roja y, sumergida en la oscuridad, dejas que el cosquilleo en los dedos desaparezca con el fresco contacto con las teclas. Tus dedos bailan sobre el teclado siguiendo una coreografía que escapa a tu comprensión, pero que decides secundar, y, sin resistencia, empiezas a escribir una nueva historia.

Capítulo 2

Con dos apretadas vueltas de la correa, Dalia aseguró el maletín de su máquina de escribir en el portabultos de la bici, luego la sacudió ligeramente para comprobar que estaba bien sujeta. Se trataba de una Olivetti MP1, una pequeña joya de la mecánica de apenas cinco kilos y doscientos gramos; mucho más práctica y manejable que la reciente y alabada Olivetti Studio 42, que pesaba más. ¡Y además era roja! Cuando consultó el catálogo de venta por correo, vio que estaban disponibles en varios colores: el clásico negro, el verde, el rojo, el azul celeste y el marfil. Sus dedos se habían demorado largo rato sobre el modelo de color rojo, aunque luego, por consejo de su padre, optó por un marfil más respetable, menos vivo, pero muy elegante. Unas semanas más tarde, sin embargo, cuando abrió la gran caja, la MP1 resultó ser del mismo color que solía aplicarse en los labios a escondidas de su padre. Si hubiera señalado el error al transportista, podría haber hecho que le cambiaran el artículo, pero eso habría supuesto devolver la Olivetti roja y esperar a que le entregaran la de color marfil, y ella tenía que empezar a trabajar de inmediato.

Habían pasado ya unos cuatro años desde que Dalia y la máquina de escribir roja se hicieron inseparables. Dalia se montó en la Bianchi Suprema, modelo de señora con una barra arqueada que, a pesar de su prohibitivo costo, su padre le había regalado unos meses antes por su decimoséptimo cumpleaños, para evitar así que se le su-

biera la falda al montar en el sillín y desmontar de él, como le ocurría en la bicicleta de hombre que había utilizado hasta entonces.

—No corras, mantén la compostura y no te pares a charlar con los chicos de las tiendas —farfulló su padre, de pie en la puerta—. ¡Recuerda siempre quién eres!

Ese era el saludo que el hombre dedicaba a su hija cada mañana, al que ella respondía soplándole un beso.

—Empalagosa —murmuraba.

—Gruñón —susurraba ella dando la primera pedalada.

Dalia recorrió el sendero que discurría por delante de la casa y, girando a la izquierda, enfiló la carretera provincial que en unos diez minutos la llevaría al centro histórico de Avigliana, donde, a dos pasos de piazza Conte Rosso, bajo los pórticos medievales, de escasa altura y con bóvedas redondeadas, se encontraba el despacho del contador Borio. Durante muchos años, el contador había trabajado en la Premiada Fábrica de Cerillos Buonaventura, fundada por el difunto bisabuelo de Dalia, pero cuando la empresa quebró, se instaló por su cuenta y alquiló una habitación en la planta baja, donde ofrecía diversos servicios: contabilidad, redacción de contratos y, desde que su antiguo patrón le había rogado que contratara a su hija, mecanografía de textos y cartas. La única condición que el contador puso a la hora de contratar a la chica era que se equipara con su propia máquina de escribir. La familia Buonaventura le había pagado un buen sueldo durante más de veinte años, y eso no debía olvidarse, pero el padre de Dalia, el “ingeniero”, era quien había llevado la fábrica a la ruina, y tampoco esa circunstancia podía olvidarse.

—La gratitud está muy bien —declaró el contador Borio entre las mesas del café de piazza Conte Rosso mientras daba un sorbo a su Campari de las cinco—, pero el ingeniero ya me engañó una vez, y no voy a comprar una máquina de escribir para que trabaje su hija. Oh, no, ¡el ingeniero ya no me volverá a timar!

El padre de Dalia, como no dejaba de señalar el contador subrayándolo con un tono sarcástico, no era en modo alguno “ingeniero”,

ya que, a pesar de los muchos años pasados en la universidad, nunca consiguió obtener un título; ese detalle, sin embargo, era completamente irrelevante en una zona donde mucha gente había trabajado para la familia Buonaventura y casi todo el mundo podía contar con al menos un pariente entre sus antiguos empleados. Por pura adulación, sus conciudadanos habrían estado encantados de llamar al joven Buonaventura ingeniero, juez, barón e incluso monseñor si tal cosa hubiera sido de su agrado. Sin embargo, esto ocurrió en los años dorados en los que la fábrica de cerillos prosperaba, pero después de la quiebra, unos por costumbre, otros por burla, todos siguieron refiriéndose a Buonaventura con el título de ingeniero.

—Esperemos que por lo menos la chica trabaje bien —prosiguió el contador mientras los clientes del café lo escuchaban divertidos—. Es sólo una mocosa. Su padre ni siquiera la dejó terminar la escuela secundaria. Un buen curso de mecanografía y ¡a ganarse el pan! —El contador se concedió una pausa efectista para permitir que su público se riera—. Pobre niña, su madre ahuecó el ala y se escapó en cuanto la fábrica quebró. Al parecer, se fue a vivir de gorra a casa de una hermana rica —continuó el contador—. Hace varios años que no ha vuelto a casa. Si le preguntas al ingeniero cómo le va a su mujer, os dirá: «¡Genial, está de vacaciones!», como si todos fuéramos tontos aquí y no tuviéramos un calendario en casa —concluyó su monólogo con un orgulloso manotazo en la mesita.

Los otros clientes del café, que todavía se tocaban el sombrero con deferencia cuando se cruzaban con el “ingeniero” por la calle, estallaron en carcajadas llenas de la perversa satisfacción que a veces uno siente cuando sabe que alguien a quien se ha envidiado tanto ha caído en desgracia. Sin embargo, cuando el contador Borio vio asomar ante él a ese pajarillo pálido de Dalia, con el pelo peinado en ondas y sus grandes ojos de color café, todo su malestar desapareció.

—¡Es una mujercita en miniatura! —refirió una vez en casa a su esposa, quien había parido nada menos que seis varones con la esperanza de traer al mundo una niñita—. Con esa carita blanca y los

ojazos oscuros, parece una muñequita de porcelana; ¡te entran ganas de exhibirla en la cómoda!

La niña, en efecto, era voluntariosa, educada y teclaba en la máquina rápida como un tren; además, cuando la enviaba a hacer recados volvía rápidamente sin perder el tiempo con los chicos que jugaban a las canicas o a las pirinolas en la calle. Y, en fin, la “*pequeñita*”, así es como el contador había empezado a llamarla y así seguía refiriéndose a ella incluso cuando Dalia ya lo había superado medio palmo en estatura, le hacía ganar un buen dinero: sus pequeños dedos saltaban sin pausa sobre las teclas de la portátil roja, al menos hasta que ponía el punto final al último documento del día.

Dalia se bajó de la bicicleta y la colocó contra la pared, junto a la puerta de cristal que daba acceso al despacho del contador Borio, y, antes de entrar, esperó unos instantes.

—¡Señorita Dalia! —Una mujer cerca ya de la vejez, de compleción robusta y con un pañuelo atado bajo la barbilla, apareció por la esquina y trotó hacia ella.

—¡Dorina, buenos días! —Dalia la abrazó y la besó en ambas mejillas.

Dorina era la criada que había cuidado de su casa desde que Dalia era una recién nacida, la única superviviente, ahora a media jornada, de la numerosa servidumbre que había tenido la familia Buonaventura. Todos los días, a esa hora, la chica y la anciana criada se reunían delante del despacho del contador Borio para intercambiar un saludo afectuoso y, a veces, alguna charla, lejos de la mirada del señor Buonaventura, que desaprobaba la excesiva familiaridad entre patronos y personal de servicio, aunque fueran devotos.

—Que tenga un buen trabajo, señorita —se despidió la mujer mientras proseguía su camino, el mismo que Dalia había recorrido en bicicleta y que ahora Dorina se disponía a hacer a pie y en dirección contraria, para llegar a la casa de los Buonaventura.

Dalia se despidió de la buena mujer y empujó la puerta del local del contador Borio, al que encontró hablando, o más bien gritando,

dentro del brillante auricular negro del aparato telefónico recién instalado.

El contador Borio era un hombre de unos cincuenta años, con un denso pelo rubio que empezaba a encanecer y un rostro rechoncho con mejillas rubicundas. Solía llevar una camisa blanca y un chaleco verde oscuro que los domingos sustituía por otro azul, y en lugar de corbata llevaba un pañuelo, según la antigua moda de los campesinos piamonteses en los días de fiesta. Cuando trabajaba, el contador se protegía las mangas de la camisa con un viejo par de manguitos negros y, pinzados en la nariz, llevaba unos viejos anteojos con montura de plata, una encantadora herencia del siglo anterior.

—Lo siento, pero de verdad que no puedo dejar la oficina esta mañana —oyó gritar al contador en el auricular—; la mecanógrafa tiene un compromiso con un cliente y alguien tiene que quedarse aquí también.

Dalia se sentó ante su pequeño escritorio, sin abrir aún el maletín de la Olivetti roja. Había comprendido que su jefe estaba hablando de ella, aunque sabía que por educación no debería haber escuchado su conversación, pero la habitación era pequeña y el contador, que todavía no le había hallado el modo al teléfono, le gritaba dentro hasta el punto de casi hacer eco con su voz en el gran y antiguo pozo del otro lado de la plaza. Lo que estaba oyendo, además, no era una gran novedad: el contador debía de haberle concertado una cita con un cliente. A menudo mecanografiaba el dictado de alguien que no quería que ni el contador ni ninguno de los otros clientes que pasaban por su despacho conocieran sus asuntos, y ese tipo de encargos a veces resultaban divertidos; no exactamente graciosos, tal vez, pero sin lugar a dudas mejores que quedarse en aquella habitación poco iluminada y con olor a moho de la planta baja. Dalia se preguntó a casa de quién la enviaría el contador esa mañana.

Sus preferencias iban para la viuda Monti, que era, con mucho, su cliente más habitual. La viuda Monti era una viejecita enérgica, amante del decoro y de la tranquilidad. Cada vez que la viuda Mon-

ti consideraba que alguien había vulnerado su derecho a estar en paz, no protestaba abiertamente, ni se quejaba o gritaba —de lo contrario, habría ido en contra de sus propios intereses—, sino que prefería escribir una carta de protesta que dirigía, según el caso, a la Administración municipal, al periódico local o a la persona en cuestión. ¿Por qué iba a protestar la viuda Monti aquella mañana? ¿El perro de siempre al que dejaban libre por la noche, que la mantenía despierta ladrando? ¿O acaso era la radio del vecino o, por qué no, el mismo contador Borio, que llevaba unos días gritando al teléfono? Aunque no podía mostrarlo, Dalia disfrutaba escuchando las quejas de la viuda Monti, quien además siempre le ofrecía dulces y le daba generosas propinas. Bastante menos divertidas, sin embargo, eran las cartas que iba a mecanografiar a casa del señor Fruttero, que después de la viuda Monti era sin duda el cliente más fiel. Todas las cartas del señor Fruttero eran solicitudes de préstamo a tal o cual conocido, a los que solía declarar que necesitaba fondos para un negocio ventajoso. El señor Fruttero le había dicho al contador que quería mecanografiar su correspondencia para darle un tono profesional, pero la triste verdad era que el pobre hombre era casi analfabeto y, de hecho, antes de dictar nuevas cartas, le pedía a Dalia que le leyera en voz alta las recibidas en respuesta a las anteriores.

—Buenos días, pequeña, ¿estás bien? —preguntó el contador al colgar el auricular con el mismo vigor que su bondadoso padre había empleado al manejar la azada.

—Estoy muy bien, gracias.

—Ayer pasó por aquí vuestra Dorina, dice que ya os habéis mudado a la casa de veraneo.

—Desde la semana pasada, contador.

Desde hacía algunos veranos, para compensar un poco sus escasas finanzas, el ingeniero Buonaventura alquilaba la villa familiar, donde había nacido y crecido Dalia, a veraneantes adinerados, atraídos por la tranquilidad y los hermosos lagos de Avigliana. Cuando los inquilinos tomaban posesión de Villa Buonaventura, su padre y

ella se trasladaban a una casucha de su propiedad no lejos del centro del pueblo, que en su día había albergado a los trabajadores eventuales de la fábrica de cerillos y que su padre llamaba ahora pomposamente «la quinta de veraneo». Normalmente, los veraneantes llegaban a la villa a finales de junio, pero el inquilino de ese año se había instalado allí desde principios de mayo.

—Esta mañana es día de traslado —bromeó el contador mientras recorría con el dedo índice las columnas de un libro de contabilidad.

Dalia cruzó mentalmente los dedos para evitar hacer una visita al señor Fruttero; estaba de buen humor esa mañana y deseaba permanecer en ese estado el mayor tiempo posible.

—Hoy tienes que ir a la mercería, a casa de la señorita Girola, ¿estás contenta? —Dalia asintió sin estar convencida; las visitas a Marietta Girola unas veces podían ser agradables, otras más tristes que las de la casa del señor Fruttero; sin embargo, lo bueno era que, dado el carácter confidencial de las misivas, Marietta también pagaba su discreción con pequeñas propinas en forma de adornos, cintas y otros artículos de mercería que, dadas sus escasas finanzas, siempre le venían muy bien.

—Ahora mismo voy, contador —aceptó echando mano de su maletín de la Olivetti.

—Nos vemos más tarde para comer, querida. ¡Esta mañana mi señora está haciendo ñoquis!

Todos los días, alrededor de la una, la señora Borio llevaba a su marido y a Dalia una abundante comida, que ambos tomaban en el despacho junto al escritorio del contador, protegido por un hule.

—Hasta luego, contador —se despidió al salir.

Dalia se dirigió hacia piazza Conte Rosso; la mercería de la señorita Marietta estaba a un tiro de piedra y el breve trayecto hacía innecesario el uso de la bicicleta. Frente a ella estaba el monte Pezzulano, coronado por las grandiosas ruinas del castillo; a la derecha, el edificio

del ayuntamiento, con el reloj de sol en la fachada, y, casi enfrente, un pozo, antiguo y grande, en cuya oscura boca los niños vertían canciones y trabalenguas infantiles para que el eco los devolviera.

Antes de entrar en la tienda, Dalia se detuvo unos instantes frente al escaparate, donde se exhibían hermosos recortes de tela, alfileres para sombreros y flores artificiales para prender en los vestidos o en los peinados.

—¡Dalia, entra! —dijo Elvira abriéndole la puerta. Elvira era una rubiecita de quince años a la que la señorita Girola había contratado como aprendiz no hacía mucho para sustituir a Rachele, la vendedora que trabajaba en la mercería desde hacía tres años y que iba a casarse pronto, dejando su empleo.

—La señorita Marietta viene en un momento —le advirtió Rachele, una veinteañera morena y agradablemente rolliza, que volvía de la trastienda con una madeja de pasamanería blanca en las manos—. Ahora está allí hablando con un representante —dijo guiñándole un ojo a la joven Elvira, que con poca discreción se echó a reír.

Dalia colocó el maletín de la máquina de escribir en la superficie de mármol del mostrador; la mercería de la señorita Marietta estaba amueblada con delicada elegancia, y los artículos, aunque muy abundantes, estaban cuidadosamente expuestos, sin crear el efecto caótico que solían presentar las tiendas de ese tipo.

—¿Te gusta esta cenefa de encaje, Dalia? —preguntó Rachele mostrando una magnífica sonrisa que hacía que sus hermosas mejillas parecieran aún más rellenas.

—Es fantástica —respondió para ser cortés, pese a que tenía poca experiencia en la materia—. Muy fina —añadió para dar más credibilidad a su afirmación, ya que se había dado cuenta de que las damas utilizaban muy a menudo el adjetivo «fino» cuando querían mostrar su aprecio por algo que tenía que ver con la ropa o el mobiliario de casa.

—Voy a utilizarla para un camisón —explicó Rachele.

—Porque se va a casar —le guiñó un ojo Elvira, un gesto al que Dalia no estaba segura de cómo sería apropiado responder—. Bor-

dará con ella su camisión de novia —intentó ser más explícita la joven aprendiz.

—Elvira, ya basta —la reprendió Rachele con fingida molestia—. ¡Vas a hacer que me sonroje! —continuó estallando en carcajadas, lo que su compañera imitó inmediatamente.

Aunque no tenía claros los pasos que habían llevado ese breve intercambio de bromas a un divertido desenlace, Dalia se unió a las risas. Obviamente, había entendido la referencia a la noche de bodas, pero no comprendió por qué era necesario reírse. Dalia había empezado a trabajar muy joven, y en el despacho del contador no tenía la oportunidad de relacionarse con chicas de su edad, como en cambio ocurría con las modistas y las dependientes, y el arte de la charla femenina le era casi desconocido, aunque le habría gustado agarrarle el modo, ya que Elvira y Rachele parecían pasársela realmente muy bien.

—Lamentamos que la señorita Marietta te haga esperar —retomó el hilo Rachele—, pero siempre se entretiene mucho con el representante de tejidos.

—Y con el de los botones, las cintas y las cenefas —añadió Elvira antes de estallar en una nueva carcajada, a la que se unió al instante Rachele. La broma era en sí misma bastante simplona y un poco ofensiva para la señorita Marietta, pero las dos chicas parecían tan divertidas que Dalia no pudo menos que envidiarlas. En su trabajo nunca tenía ocasión de reírse, y lo más divertido eran las cartas de protesta de la viuda Monti. Las dos jóvenes dependientes, en cambio, trabajaban riendo, y Dalia no podía imaginar una suerte mayor; además, esas risas parecían unir a las dos chicas más de lo que lo hubieran hecho las confidencias lacrimógenas y lastimeras. Era una pena que, tras la boda de Rachele, se vieran obligadas a separarse. En la mercería de la señorita Marietta las dependientes duraban lo mismo que la nieve en primavera: llegaban siendo poco más que niñas, trabajaban tres o cuatro años, encontraban novio y casi siempre se marchaban antes de cumplir los veintiuno.

Marietta Girola, en cambio, tenía veintinueve años, o al menos así lo afirmaba desde hacía tiempo, y era la última de las señoritas Girola, o, como las llamaban en aquellos lares, de las *tote Marie*.

En efecto, todas las señoritas Girola se llamaban invariablemente Maria, aunque, para evitar problemas con los funcionarios del registro civil que desaprobaban las homonimias, se le daba a cada una un primer nombre que nadie usaba ni recordaba, siempre seguido de su segundo nombre, Maria: Angela Maria, Teresa Maria, Margherita Maria, Carla Maria...

Para no confundir a una Maria con otra, los familiares utilizaban todas las inflexiones que el nombre podía ofrecer: Mariella, Mariuc-cia, Marietta, Mariola...

Cuando las variantes se agotaban, las nuevas Marias se designaban con algunas abreviaturas: Ieta, Iela, Iuccia, Iola...

Si las abreviaturas también se terminaban, entonces se empezaba con los diminutivos de las abreviaturas: Ietina, Ielina, Iuccina, Iolina...

Se rumoreaba que sobre la familia Girola se cernía una especie de maldición, que hacía ya varias generaciones que duraba: las chicas Girola siempre permanecían solteras.

No eran especialmente feas, ni tontas ni antipáticas; al contrario, algunas de ellas eran recordadas como mujeres inteligentes y de gran espíritu.

Nadie sabía cuándo y por qué había comenzado aquella larga procesión de solteronas, pero de todas formas había un par de leyendas, también transmitidas de generación en generación, que intentaban explicar las causas. Una de las historias más difundidas era que, hasta un siglo atrás, las *tote* Girola se casaban como todas las demás chicas, hasta que una de ellas enviudó el mismo día de la boda. La hermana menor de la viuda también se casó, pero de nuevo en esta ocasión el marido no sobrevivió a la noche de bodas. La manzana de los jóvenes maridos continuó durante cuatro o cinco hermanas, por lo que en el pueblo se extendió el rumor de que las *tote* Girola eran venenosas como víboras, razón por la cual ningún joven

había salido vivo de su lecho. Una variante de esta versión, en cambio, explicaba que sólo una de las *tote* Girola había enviudado menos de veinticuatro horas después de la boda, pero esta desgracia se repitió en sus dos o tres matrimonios siguientes. La leyenda más popular y acreditada contaba, por el contrario, que una pareja de Girola, al no poder tener hijos, había hecho un voto a la Virgen de los Lagos. El matrimonio Girola juró a los pies de la Santa Virgen que, si les concedía la gracia de tener descendencia, llamarían Maria a su primera hija. La petición fue magnánimamente concedida y, a partir del año siguiente, doña Girola comenzó a parir hijos, todos ellos varones. Una docena de años y una decena de niños después, la señora Girola por fin dio a luz a una niña, pero el viejo voto había caído en el olvido, borrado por tantos embarazos y años de penurias y privaciones. La niña fue bautizada con el nombre de su abuela paterna, que nadie recordaba ya cuál era, pero lo que es seguro es que no se trataba de Maria. Después de esta afrenta a la Virgen, las muchachas con el apellido Girola ya no pudieron casarse, a pesar de que todas llevaban el nombre de Maria.

Los varones de la familia Girola, por el contrario, encontraban esposas con bastante facilidad, pero traían al mundo a niñas destinadas a la soltería y a varones que se harían cargo de sus hermanas solteras. Cada una de las *tote* Girola, desde que se tiene memoria, se quedó a vivir en la casa en la que había nacido, en compañía de un hermano y su esposa. Algunas *tote* Girola habían sufrido la agonía de sus despóticas cuñadas, mientras que otras con un carácter más fuerte las habían tiranizado por su parte, pero todas habían amado a sus sobrinitos con un amor incondicional, y más aún a sus sobrinitas.

A diferencia de las tías y tías abuelas que la habían precedido, Marietta Girola no tenía hermanos que la mantuvieran, pero a cambio guardaba una buena suma de dinero en el banco. De hecho, cada una de las *tote* Girola había dejado su dote como herencia a sus sobrinas, quienes, al no haberse casado a su vez, acababan devolviendo sus dotes, así como las heredadas, a las sobrinas siguientes. Así, Marietta, la última de la numerosa prole de solteronas, se encon-

tró con una discreta suma de dinero con la que pudo iniciar una actividad comercial que, a falta de marido o hermanos, la sustentara.

—Os saludo y os agradezco la visita*. —La señorita Marietta salió de una puerta lateral, seguida por un hombre insignificante pero vestido con elegancia, tal y como requería su profesión de vendedor de telas. Marietta se había demorado con el hombre en la pequeña habitación que había habilitado como salita, en la que recibía a sus proveedores, a los clientes importantes y, por supuesto, a Dalia, cuando necesitaba algún trabajo de mecanografía.

Ese día la señorita Marietta llevaba un traje de corte moderno que resaltaba su cintura de avispa. No era una mujer de extremada belleza, pero ciertamente estaba lejos de ser fea.

—Volveré a veros en cuanto tenga el nuevo surtido de sedas de Como, señorita —le prometió el hombre con un ademán de reverencia.

—Volved cuando os parezca —respondió Marietta, acompañándolo hasta la puerta—. Si pasáis por esta zona, no dudéis en visitar-nos, estaremos encantadas, ¿verdad, señoritas? —preguntó a las dos dependientas, que tuvieron que hacer un gran esfuerzo para balbucir alguna formalidad del tipo «¡Oh, sí, estaremos encantadas!», «Siempre sois bienvenido», sin soltar una carcajada.

El hombre cerró la puerta tras de sí, dejando atrás el tintineo de los cascabeles que Marietta había colgado en el picaporte para percatarse de la entrada de clientes incluso cuando estaba en la trastienda o en su salita.

—¿Quieres sentarte allí, Dalia? —la invitó Marietta abriéndole camino—. ¿Quieres beber algo? Tengo algún refresco frío.

* A principios del siglo xx, en Italia el uso de *usted* (*Lei*) era mayoritario. Sin embargo, al considerarse un extranjerismo (en concreto, de origen español), durante la época fascista se prohibió el *usted* por estimarse que era ajeno a la cultura del país. Mussolini trató de devolver a la lengua italiana la tradición romana y sustituyó el *usted* por el *vos* (*voi*). Con la caída del fascismo, cayó también el voseo. De ahí que en toda la obra aparezcan distintos tratamientos, y que el uso de un tratamiento (el voseo) u otro (el *usted* o incluso el *tú*) sea significativo por sus diversas implicaciones (*N. del T.*).

—Así estoy bien, gracias —declinó Dalia la invitación, ya que, aunque le gustaban mucho las bebidas, no quería abusar de la cortesía de su cliente.

—Señoritas, cuidado vosotras de la tienda —ordenó a las empleadas—, y no nos molestéis por ningún motivo, ¿entendido?

Las chicas asintieron de mala gana; sus ojos brillantes delataban la curiosidad por saber qué iba a pasar entre la señorita Marietta y la joven mecanógrafa.

—Siéntate, querida —la instó Marietta después de cerrar la puerta de la salita y asegurarla con una vuelta de llave.

Dalia le dio las gracias, tomó asiento en un pequeño sofá forrado de tela a rayas y colocó su máquina de escribir sobre la mesita de té que tenía delante.

—Desgraciadamente, no tengo buenas noticias, querida Dalia —suspiró Marietta mientras se dejaba caer lánguidamente en un silloncito, también forrado de tela a rayas—. Pero sigo teniendo esperanza.

—Hace usted muy bien —se sintió obligada a responder Dalia tras unos segundos de embarazoso silencio.

—No es necesario que te lo recuerde de nuevo —susurró Marietta mientras Dalia deslizaba una hoja en el carro de la Olivetti roja—, pero te ruego la máxima discreción.

—Por supuesto, señorita, nada de lo que me dicte saldrá de esta habitación.

—Eres un encanto de niña, Dalia —sonrió la mujer mientras rebuscaba en el bolsillo de su chaqueta y sacaba una pequeña caja de cartón oscuro—. Si un día el contador ya no tiene trabajo para ti, yo estaría más que feliz de contratarte como vendedora, ¡tenlo en cuenta!

—Gracias —sonrió un poco incómoda—. ¿Quiere empezar el dictado?

—Un momento nada más —dijo abriendo la cajita y tendiéndosela—. He estado guardando estos para ti, tómalos; son botones de verdadero nácar.

Dalia miró perpleja y encantada los seis botoncitos, abombados e iridiscentes.

—Son muy bonitos —murmuró.

—Y quedan más que bien en cualquier vestido. Cualquier trapo con botones así se vuelve elegante.

—Me lo imagino, pero... —Dalia dudó; esos botones eran sin duda hermosos, pero parecían ser muy caros. Hasta ese momento, la señorita Marietta le había regalado algunos metros de cinta o carretes de hilo, artículos menores que podrían considerarse como pequeñas propinas, pero esos botones valían sin duda mucho más de lo que la señorita Marietta pagaría por su trabajo de mecanografía.

—Vamos, Dalia, no le des más vueltas —la instó Marietta—. A estas alturas, tú y yo somos amigas, ¿no crees? —Dalia asintió—. Con las confidencias que te he hecho, ya debemos ser sin duda amigas —concluyó Marietta esbozando una sonrisa melancólica.

Dalia finalmente tomó la cajita y, roja de vergüenza pero eufórica por el hermoso regalo, la metió en su bolso.

—Supongo que ya podemos empezar —anunció Marietta sacando de su bolsillo una nota cuidadosamente doblada en la que había escrito un apunte—. He decidido hacer algunos cambios respecto a las versiones anteriores: cuando el tiro no da en el blanco, hay que apuntar mejor, ¿no crees?

—Creo que sí —susurró Dalia confundida, poniendo las manos sobre el teclado.

—Empecemos, querida: *«AAA, de veintinueve años, bien parecida y de buena familia, con su propio negocio bien rentable, se casaría con hombre serio y distinguido, de cincuenta y cinco años como máximo. Vagos, abstenerse»*.

Dalia trató de mantener una expresión impassible, sin dejar escapar la sonrisa piadosa que intentaba aflorar en sus labios rojos: el texto del anuncio había permanecido casi idéntico, sólo la edad del futuro novio había aumentado en diez años.